ración, y sucede que casi siempre pierden toda la ventaja que llevan.

Así pues, cuando llega uno sereno y descansado á mezclarse á la acción, su éxito es casi seguro. Sucede con el recién llegado como con los refuerzos en las batallas; llegan descansados á juntarse con los que se baten desde por la mañana con ardor, y es casi seguro que se lleven la victoria.

El señor de Morin, fresco y sin ninguna preocupación, y entregándose á su juego en cuerpo y alma, podía estudiar á sus adversarios y aprovecharse de sus faltas. Por las exclamaciones de éstos, sus miradas y sus movimientos nerviosos, adivinaba si estaban ó no contentos de las cartas que les daba, y obraba en consecuencia.

Tenía además de estas ventajas, otra; por más que era banquero, no se preocupaba sino del cuadro de la derecha, donde estaba el doctor Delange. Si por ejemplo, daba un diez al cuadro de la derecha y un tres al de la izquierda, se plantaba con cinco y hasta con cuatro, por más que su juego entonces hubiera sido pedir otra carta. No se proponía más que un fin ignorado de todos y perseguido con ardor por él: ganar el más dinero posible al doctor.

Este resultado no era difícil de prever, pues cansado é irritado contra la suerte, que aquella noche le era más adversa que de costumbre, el doctor jugaba desesperado. A las nueve de la mañana perdía 30.000 francos. Los otros jugadores, cuyas pérdidas eran menos

considerables ó los que estaban en paz, quisieron retirarse, cuando entraron los mozos á descorrer las cortinas y dejar entrar el sol; pero el señor Delange insistió porque continuase la partida, y convinieron jugar una hora más; se hicieron servir una taza de café negro y volvieron á emprender el juego con más calor.

A las diez perdía el doctor 90.000 francos; jugaron otra talla, luégo la última, después la última, la última de las últimas, y por fin la verdadera última, y cesó el juego.

Cada uno de aquellos señores se retiró á su casa más ó menos cansado y se metió en la cama.

X

Al día siguiente, y cuando el joven pintor se vestía para salir, fué el fiel José á decirle que el doctor Delange deseaba verle.

—¡Hola, hola!—dijo,—ya le tenemos.

Y mandó á su criado que le recibiera en seguida.

Por más que el doctor estaba muy acostumbrado al trato de la sociedad, no pudo reprimir cierta vacilación al presentarse al señor de Morin; se conocía que no se encontraba á gusto. Aquel rostro bastaba para hacer comprender al pintor que iban á pedirle un favor.

CAPILLA ALFONSINA

—¿Os extrañará verme?—empezó Delange con insegura voz.

—Nada de eso. ¿Por qué he de asombrarme de tan buena idea? Tenéis una hora que perder antes de almorzar y me la consagráis. Eso está muy bien.

—¡Ah! no es sólo por el gusto de veros por lo que he venido. Tengo que hablaros de un asunto muy grave.

—¿De veras?... ¿De qué se trata?

—Ya sabéis que la otra noche perdí en el Círculo una suma considerable.

—Sí, y lo sentí mucho. Ya os acordaréis que á las nueve de la mañana quise dejar el juego, pero insististeis tanto, que tuve que continuar.

—Claro está. Mi primera pérdida era ya demasiado considerable para mis actuales recursos y quería resarcirme: es la historia de siempre.

—Es una desgracia. ¿Y á cuánto asciende vuestra pérdida?

—A 90.000 francos.

—Es una suma muy considerable. Os compadezco con toda mi alma.

—Soy tanto más digno de compasión cuanto que no puedo saldar mi pérdida en este momento.

—¿Qué oigo?... Es un contratiempo... Un contratiempo muy grande. ¡Qué dirán en el Círculo! Hay mucha severidad este año para esos asuntos; el comité ha declarado en su última sesión que aplicaría el reglamento con todo rigor.

—Ya lo sé. Me anunciarán en veinticuatro horas.

—¿Y no podéis evitar ese fastidio?

—No.

—Veamos... Busquemos juntos. ¿Quién de aquellos señores podría sacaros del apuro? Tenéis allí muchos amigos que son ricos.

—La suma es demasiado considerable. No la encontraré.

Se detuvo, vaciló un momento y dijo después de armarse de valor:

—Vos solo, si quisierais, podéis sacarme de mi compromiso.

—¿Yo? ¿Pensáis acaso pedirme esa suma prestada? ¡Ah, querido, si supieseis cuánto necesito yo el dinero en estos momentos! ¡Qué gastos voy á hacer!.. Ya os habrán dicho que voy á emprender un viaje horriblemente costoso, y es preciso que reuna todos mis recursos.

—No me comprendéis—dijo el doctor.—No os pido que me prestéis esa suma, os pido que no me exijáis os la entregue inmediatamente.

—Ahora me toca á mí deciros que no os comprendo. Tened la bondad de explicaros.

—¿No ganasteis la otra noche 90.000 francos próximamente?

—Es posible. No he sacado aún la cuenta.

—Pues bien, yo fuí quien perdí todo lo que ganasteis.

—Permitidme que no admita eso—dijo de Morin con sequedad.—Precisamente se han introducido las fichas en los Círculos para evitar tales conflictos entre los jugadores, y

CAPILLA ALFONSINA

nada me debéis, absolutamente nada. Tengo en mi poder un gran número de fichas que mandaré al Círculo luégo ó mañana, y el Círculo, que es mi solo deudor, me entregará á cambio de ellas billetes de banco.

—El Círculo—dijo con timidez el señor Delange—os responderá que no habiéndose saldado la partida no puede pagaros.

—Entonces me quejaré al Comité. En cuanto á vos, doctor, no recibiréis reproche alguno por parte mía; no os reconozco deudor mío.

—Sea, pero el Círculo me reconocerá como suyo, y ya lo hemos dicho antes; es el anuncio,—añadió con voz conmovida.

—¿Qué diablos queréis que yo haga?—exclamó de Morin.

—Quisiera... quisiera—repuso el doctor vacilando;—no sé cómo decíroslo, pero hay un medio...

—Veamos...

—Devolviendo las fichas que tenéis, no exigiendo nada en cambio de ellas y diciendo que hemos saldado directamente entre nosotros. No por eso había de dejar de ser vuestro deudor y os aseguro que os pagaré lo antes posible.

—No lo dudo, pero me pedís una cosa...

—¡Me salvaríais!... ¡Me salvaríais!—exclamó el doctor en el colmo de la emoción.

—¡Os salvaría!—repuso el pintor;—nada me lo prueba. Temería, por el contrario, haceros un perjuicio muy grande. Continuaríais formando parte del Círculo, jugando con el mismo ardor y sufriendo menos pérdidas;

vuestra deuda, considerable ya, crecería, y lo que queréis evitar hoy sería inevitable dentro de un mes ó de tres semanas. No, no; por interés, por simpatía hacia vos, quiero obligaros á romper con la vida que lleváis. ¡Cuando pienso que se abría ante vos una carrera tan brillante! La habéis descuidado y casi abandonado para entregaros en cuerpo y alma á una pasión que os es funesta.

—Aún es tiempo de que me entregue al trabajo—repuso el doctor.—Si salgo bien de la falsa situación en que me he colocado, me propongo presentar mi dimisión en el Círculo y no tocar una carta en toda mi vida.

—¡Juramento de beodo!—repuso el señor de Morin;—conozco eso. Yo lo que os digo es que si continuáis en París, en vuestro centro, sucumbiréis tarde ó temprano. Sería preciso que tuvieseis el valor de expatriaros lejos, muy lejos.

—Pero si sólo en París soy conocido; sólo en él puedo rehacer mi fortuna y pagaros lo que os debo.

—¡Bah! tal vez existe otro medio. Encended ese cigarro y escuchadme con atención: se me ocurre una idea.

El señor Delange levantó la cabeza, y de Morin repuso después de haber lanzado al aire unas bocanadas de humo:

—Sois de parecer que si os hago el favor que me habéis pedido, tengo el derecho de exigiros otro.

—Indudablemente; podríais disponer de mí; estaría por completo á vuestra disposición.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
CAPILLA ALFONSINA

—Aunque—prosiguió el joven pintor apoyándose mucho en cada palabra para que la sorpresa del que le escuchaba fuera menos grande,—¿aunque se tratara de que me acompañaseis durante el viaje que voy á emprender al África?

El doctor no esperaba tal proposición, y no pudo contener un movimiento de sorpresa á pesar de las precauciones oratorias del pintor; sin embargo, repuso en seguida:

—Os acompañaría. ¿A qué parte del Africa os dirigís?

—Al Africa Ecuatorial.

—¿Sabéis lo malsana que es? Deja uno allí la piel. Os suplico me perdonéis la expresión; pero es la más explícita.

—Es exacta—repuso de Morin;—pero creo que acabamos de ver que hay ocasiones que en el mismo París se puede dejar el honor.

El señor Delange comprendió la indirecta, y se apresuró á contestar:

—La falta de salud de Africa no me importa por mí mismo; hablaba sólo por interés vuestro: soy médico, y por consiguiente, no debo temer las enfermedades.

—¿De modo es que, después de todo, no os costaría mucho acompañarnos á mis amigos y á mí?

—No por cierto, si lo exigís. ¿A título de qué os acompañaré?

—Como médico, como sabio.

—Y ¿será ese un modo de enriquecerme?—preguntó el doctor.—¿Creéis que podré hacer muchos clientes entre las tribus del Africa?

Volveré dentro de uno ó varios años, olvidado por completo de París y sin haberos pagado mi deuda.

—En primer lugar, debo advertiros que se trata ante todo de romper con vuestras... malas costumbres, que es lo esencial. Además que probablemente quedaríamos en paz.

—No comprendo. ¿Acaso me ofrecéis 90.000 francos por acompañaros?

—No os ofrezco semejante cosa. La suma de que me habláis es muy considerable ó insignificante. Nuestra posición social y nuestra amistad me impiden ofreceros sueldo alguno, y á vos aceptarlo. Pero—añadió el joven después de aspirar largo rato su cigarro—puedo ofreceros una revancha de la partida de la otra noche.

—¡Una revancha!—exclamó el doctor, cuya mirada se animó repentinamente.—¿Consentiríais en darme una revancha?

—¿Por qué no?

—De modo que puedo recuperar lo que he perdido... Puedo...

—Podéis quedar libre de vuestro compromiso conmigo y no acompañarme al Africa. Eso era lo que queríais decirme... he concluído vuestra frase...

—¡Oh! os aseguro...

—Reconoced—dijo de Morin sin hacer caso de la interrupción—que sería muy tonto si os ofreciera semejante ventaja. Me debéis ya una suma que no me podéis pagar, y me condenaría á volver á jugar para aumentar esa suma, lo cual sería inútil, ó para perderla, lo cual

CAPILLA ALFONSINA

sería un absurdo, pues tarde ó temprano llegaréis á desquitaros.

—Entonces ¿por qué me habláis de una revancha?

—Una revancha en ciertas condiciones.

—Tened la bondad de decírmelas.

—No deseo otra cosa; vamos á almorzar, y después os desenvolveré mi idea.

Una hora después, los señores Delange y de Morin se hacían llevar recado de escribir y redactaban las siguientes condiciones, que habían discutido almorzando en un gabinetito Bignón:

Artículo primero.—El doctor Delange reconoce deber al señor de Morin la suma de 90.000 francos, perdidos al juego.

Artículo segundo.—El señor de Morin se compromete á declarar que dicha suma le ha sido reintegrada, por más que no sea cierto.

Artículo tercero.—Para probarle al señor de Morin el agradecimiento por su excelente proceder, el doctor Delange da su palabra de honor de abandonar á París en el término de algunas semanas y acompañarle por espacio de trescientos días á los países, cualesquiera que sean, que dicho señor de Morin visite.

Artículo cuarto.—Se entiende entre los contratantes, que durante el viaje tendrá lugar una partida diaria, no pudiéndose hacer excepción alguna á esta regla, á no ser por enfermedad aguda y grave de alguno de ambos.

Artículo quinto.—El que haya perdido el día anterior, elegirá entre todos los juegos que existen conocidos, y podrá hasta reemplazarlo

por cualquier otro juego ó por una apuesta.

Artículo sexto.—No podrá bajo ningún pretexto jugarse más de cincuenta luises por partida. Se entiende, pues, que habrán de jugarse trescientas partidas de á mil francos en el espacio de trescientos días.

Artículo séptimo.—Los dos adversarios podrán convenir la hora en que haya de tener lugar la partida; pero, en caso de desacuerdo, vencerá la voluntad del que perdiere la víspera. Elegirá la hora que más le convenga, y podrá hasta despertar á su adversario, si éste se durmiera para librarse del compromiso.

Artículo octavo.—El que pierda la víspera tendrá también derecho de elegir el sitio, coche de ferrocarril, puente de un navío, tienda de campaña, lagos, ríos, llano, montaña ó desierto. A una señal, su adversario deberá seguirle al sol, á la sombra, á la punta de un palo ó á la cumbre de una montaña.

Artículo noveno.—El día 301 se saldarán cuentas: si el señor de Morin pierde, desquitados los noventa mil francos que hoy se le deben, se compromete á dar á su adversario una letra contra un banquero cualquiera de París, y el señor Delange podrá volverse inmediatamente á París. Si, por el contrario, este último es aún deudor, quedará en libertad de hacer un nuevo contrato de ciento, doscientos ó trescientos días, bajo las mismas condiciones.

Hecho en París, de buena fe, el 10 de Septiembre de 1872.

Cuando todas estas cláusulas estuvieron

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

consignadas en el papel, el señor de Morin le dijo al doctor:

—¿Os acordáis de todo lo que acabamos de escribir?

—Perfectamente.

—¿Estáis seguro de no olvidarlo nunca?

—Sí.

—Pues bien, soy de parecer que entre gentes de nuestra clase no deben existir escritos. Os doy mi palabra de honor de cumplirlo todo al pie de la letra. ¿Me dáis la vuestra de hacer lo mismo?

—Os la doy.

—Entonces os propongo que quememos el papel.

—Acepto y os agradezco la idea.

En un instante la luz que les llevaran para encender los cigarros destruía el contrato.

XI

Aquella misma noche fué presentado el doctor á la señora de Guéran.

El señor Delange era un hombre muy agradable cuando no le dominaba la pasión del juego; de buena educación y muy instruído.

Gustó á la baronesa, que se apresuró á ratificar la elección del señor de Morin.

Estando completo el número de los jefes de la expedición, sólo quedaba ocuparse de los

sirvientes. Entonces se propuso la candidatura de José Mohammed, siendo admitido después de una ligera discusión. Se convino al mismo tiempo que no se admitiría ningún otro servidor europeo. Tomarían en Egipto, según era costumbre, algunos criados árabes, cuyo servicio dejaría mucho que desear en varias ocasiones; pero que, familiarizados con las costumbres del país, les serían muy útiles.

Se hizo una excepción á esta regla, á favor de una dama de compañía que la señora de Guéran quería llevarse. Cuando pensó en emprender aquel viaje, escribió á Londres, á fin de que la proporcionaran una persona de respetabilidad que hubiese viajado ya. Acto contínuo la propusieron una tal Beatrix Poles. Según decían, había acompañado á la célebre é intrépida señora Alexina Tinne en la mayor parte de sus expediciones en Africa, y con ese valor tan notable en todas las aficionadas á viajar, no deseaba sino exponerse de nuevo á las fatigas y los peligros.

La baronesa dudó un momento de llevarse á la que la ofrecían; pues la señora Poles debía haber adquirido con la señora Tinne hábitos de comodidad y lujo que de seguro no hallaría con sus nuevos compañeros. En efecto, la señora de Guéran, sin tener la pretensión de viajar tan sencillamente como el falso Vambery, ó el doctor Barth y muchos otros, estaba decidida á no deslumbrar con su lujo á los negros y los árabes. Nunca se excita impunemente la codicia en aquellos países por civilizar aún: ya lo habían probado los Touaregs,

CAPILLA ALFONSINA

asesinando á la señora Tinne delante de la señora Poles.

Pero los amigos de Londres opusieron nuevos razonamientos á las vacilaciones de la baronesa; la protegida de éstos podía serla muy útil gracias á su perfecto conocimiento de las costumbres del país que se disponía á recorrer, sus relaciones adquiridas, y sobre todo debían contar con su celo inimitable. Estos motivos decidieron á la señora Guéran á aceptar la ex-compañera de la señora Tinne.

Cuando entró por primera vez la señora Poles en el salón del boulevard Malesherbes, parecía tener unos 40 años. Era una mujer larga, angulosa, tan delgada que no parecía sino que la hubiesen aplastado, y tan seca que el señor de Morin manifestó cierta inquietud al ver que se aproximaba al fuego. Tenía un cuello y unos brazos muy largos, sus piernas parecían zancos y sus pies causaron la admiración del señor Perières.

Son tan largos—decía—que no necesita andar para llegar á ninguna parte. Lo consigue sin moverse.

Su rostro se ocultaba casi por completo bajo unas gafas azules, á que se había acostumbrado desde su estancia en Africa, á fin de preservarse de las oftalmías, tan conocidas en aquellos países. Según decía en sus momentos de expansión, había perdido la frescura de sus colores, que en otro tiempo la hicieron ser tan hermosa bajo el sol de los Trópicos, y tan morena se había quedado, que podía muy bien confundirse con una negra. Tanto era así, que

al referir el *Times* la muerte de la señora Tinne lo hacía en estos terminos: «El resto de los servidores pudieron huír, excepto una negra que se llevaron los Touaregs.» La negra no era sino la señora Poles, una inglesa *pur sang* nacida en Londres en el Strand.

Por lo demás, era muy buena persona, bien educada, hablando el francés, el inglés y el árabe, dispuesta siempre á sufrir una broma, sin preocupaciones, ni demasiada modestia afectada, cosa que se explica mal en una inglesa; pero que se comprende en una mujer acostumbrada á ver las tribus del Africa con tan poca ropa.

A la primera entrevista, el señor Morin la pidió permiso para retratarla y se prestó con sumo agrado. Debajo de aquel boceto escribió el joven lo siguiente:

«Vuelta de Africa. Así vendremos todos.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Una vez completo el número de los expedicionarios, tanto en los jefes como en los servidores, se reunieron en casa de la señora de Guéran para distribuirse el trabajo que quedaba por hacer. Cada cual tuvo su parte de compra y quehaceres, cartas que escribir y demás, según sus facultades.

CAPILLA ALFONSINA